

Farabundo Martí desde el *Miguel Mármol...* de Roque Dalton

Carmen Elena Villacorta*

1. Apuntes introductorios

El testimonio de Miguel Mármol, recogido por Roque Dalton¹, es relevante para este intento de reconstruir la figura de Farabundo Martí por varias razones. Primero, porque desgraciadamente no contamos con textos de la autoría de Martí para acceder de forma directa a su pensamiento y sus puntos de vista específicos a cerca de los acontecimientos de los primeros años del siglo XX en El Salvador. Es posible que la apertura de los archivos soviéticos (Ejército Rojo, Comintern) logre subsanarse este enorme déficit, en la medida en que los investigadores tengan acceso a copias de los periódicos, manifiestos y análisis que se llevaban a cabo por los comunistas en El Salvador de aquellas décadas y cuyas copias eran enviadas a la URSS. Mientras estas investigaciones no se lleven a cabo, los textos más autorizados con los que contamos para proponer, si no un análisis del pensamiento político de Farabundo Martí, al menos una semblanza que evidencie el significado de su vida para la historia de El Salvador son: el ya citado de Roque Dalton y el “Esbozo biográfico” llamado precisamente *Farabundo Martí*², del historiador salvadoreño Jorge Arias Gómez.

En segundo lugar, a Miguel Mármol y a Farabundo Martí, provenientes de condiciones de clase muy disímiles, los une, sin embargo, haber sido contemporáneos y miembros fundadores del Partido Comunista Salvadoreño (PCS). De modo que la exposición detallada que hace Mármol del clima político y social en el que surgió el PCS, aunque parcial y personal, proporciona abundante información acerca del contexto en el que se desenvolvían las luchas políticas de entonces. A eso hay que añadir que Mármol menciona a Martí en distintos pasajes a lo largo de su relato. Y es que Martí llegó a convertirse en la máxima autoridad partidaria por su

*Estudiante del Doctorado en Estudios Latinoamericanos de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).

¹ Dalton, R., *Miguel Mármol. Los sucesos de 1932 en El salvador*. Recibió el premio Casa de las Américas en 1969 y ha sido publicado en San José (EDUCA, 1982), La Habana (Casa de las Américas, 1983) y San Salvador (UCA Editores, 1993). La edición más reciente del libro está a cargo de la editorial latinoamericana Ocean Sur (México, 2007).

² Arias Gómez, J., *Farabundo Martí*, Editorial Universitaria Centroamericana (EDUCA), Centroamérica, 1972.

nivel de compromiso y por su entrega al trabajo organizativo, en el mismo ambiente convulso y crítico en el que Mármol se destacó por sus dotes de líder sindical. La admiración que éste último expresa por el primero se hace explícita en el testimonio y se enfatiza cuando Mármol señala la necesidad de un estudio más completo sobre la persona y la obra de Farabundo Martí y el reclamo de la realización de tal tarea como parte de la lucha revolucionaria.

En ese sentido, no es casualidad que en la introducción escrita por Roque Dalton al testimonio aludido argumente en torno a su inquietud por aportar a la construcción de una historia salvadoreña en clave revolucionaria, capaz de hacer contrapeso a una historia oficial elaborada en función de los intereses de los sectores dominantes y, por tanto, tergiversadora y negadora de las luchas de las mayorías populares. Miguel Mármol funge en el relato daltoniano como *personaje-eslabón*³ al servir de enlace entre acontecimientos fundamentales en el devenir de la organización sindical y del Partido Comunista de El Salvador, desde sus inicios, en la década de 1920 y primeros años treinta, hasta 1944, año en el que es derrocado, tras 13 años de dictadura, el General Maximiliano Hernández Martínez.

Dalton, a su vez, heredó de su maestro Jorge Arias —el ya mencionado autor de *Farabundo Martí*, entre otras obras— la convicción profunda en la importancia de la recuperación de la historia para cimentar un camino sólido de concientización social y lucha por la transformación estructural. Huelga decir que tanto Arias (1923-2002) como Dalton (1935-1975) fueron en su momento, al igual que Martí y Mármol, destacados cuadros del PCS. Establecer esta línea de continuidad contribuye a ubicar estos textos dentro del marco del proyecto político del que son fruto y a mostrar quiénes han sido en El Salvador los hacedores de otra parte de la historia, sin cuya vindicación el paisaje histórico del país permanecería incompleto. Lo que se presenta en estas páginas es, pues, un esbozo biográfico de Farabundo Martí, extraído fundamentalmente del *Miguel Mármol...* de Roque Dalton. No se trata de un aporte historiográfico novedoso ni del producto de una rigurosa investigación, sino de un intento

³ Miguel Barnet, autor de la famosa *Biografía de un Cimarrón* y considerado precursor del género testimonial en América Latina, teoriza en *La fuente Viva* (La Habana, 1983) sobre lo que él denomina “novela-testimonio”. De allí tomamos el concepto de “eslabón”. Según Barnet, un buen “testimoniante” será aquel que pueda fungir como eslabón o enlace entre distintos momentos históricos en una sociedad determinada. El testimonio ha de servir al grupo social para reconstruir su historia, incorporando hechos del pasado que han sido invisibilizados por el discurso oficial. Miguel Mármol cumple a cabalidad con tal objetivo.

por motivar al conocimiento de algunas figuras trascendentes en la vida política y la historia del siglo XX en El Salvador.

2. La vida y el país de Farabundo Martí

Agustín Farabundo Martí nació en Teotepeque, Departamento de La Libertad, en el año de 1893, sexto hijo (entre catorce) del terrateniente don Pedro Martí y doña Socorro Rodríguez de Martí. De don Pedro se rumoraba que se apellidaba “Mártir”, pero modificó su apellido en homenaje al prócer cubano. Miguel Mármol, por su parte, nació en 1905, en las inmediaciones del Lago de Ilopango, cerca de San Salvador, hijo natural de Eugenio Chicas, alcalde Ilopango, y doña Santos Mármol, mujer humilde que se hizo cargo, sola y en medio de grandes dificultades económicas, de sus tres hijos. Las vidas de ambos hombres habrían de cruzarse en 1930, cuando, recién fundado el PCS, ingresa Martí a El Salvador en calidad de representante del Socorro Rojo Internacional y convertido ya en un respetado cuadro de la Internacional Comunista.

Para comprender mejor en qué consistían estas diferencias de clase y dilucidar el marco en el que se inserta la lucha de Mármol, de Martí y de tantos otros salvadoreños comprometidos con la causa de la transformación social, conviene detenerse en la descripción básica de esas estructuras. La exclusión determinó la conformación de las repúblicas centroamericanas desde un principio, dado que los pueblos de la región no tuvieron oportunidad ni de participar en la gesta independentista, ni de construir los estados nacionales emergentes. El historiador cubano Sergio Guerra Vilaboy lo expresa del modo siguiente:

“Temerosos de un levantamiento de las masas explotadas de indígenas y mestizos –como el que sacudió a la Nueva España con Miguel Hidalgo y José María Morelos— o de la aplicación de leyes liberales emitidas por las Cortes españolas a su territorio (...), la aristocracia criolla no se levantó en armas contra la metrópoli, como sucedió en otros lugares del continente, ni permitió que se desencadenara una guerra de liberación. Aquí la independencia no fue, por tanto, el fruto de la lucha emancipadora, sino que estuvo compeliada por el triunfo liberal en España y su finalidad era resistir la presión de los emergentes sectores radicales existentes en su propio seno, sobre todo en El Salvador y Honduras.

La proclamación de la independencia centroamericana se realizó en forma oportunista, “desde arriba”, sin confrontación armada ni participación popular; íntimamente vinculada al proceso conservador que, bajo la dirección de Agustín de Iturbide, condujo a la independencia de México (1822) y al establecimiento de un nuevo régimen monárquico con jurisdicción desde Texas hasta la frontera con Panamá (...) Las rémoras y problemas no resueltos determinaron en última instancia la debilidad intrínseca en la formación de la Federación de Centro de América, tras la caída del Imperio de Iturbide (1823), y fue el caldo de cultivo de las guerras civiles que dominaron todo el período posterior, hasta el colapso de la república unida y su fragmentación (1839-1840). A este trágico resultado se llegó por el violento enfrentamiento entre conservadores y liberales, los dos sectores políticos en que se dividieron las clases dominantes criollas acorde con sus diferentes intereses económicos y prácticas ideológicas y culturales” (Vilaboy en Santana, 2007: ix).

La inestabilidad política propia del siglo XIX en América Latina se prolongó en Centroamérica hasta entrado el siglo XX. La gesta del liberal Francisco Morazán, quien pugnara por consolidar la unidad de las provincias del antiguo reino de Guatemala en la Federación Centroamericana como una única república independiente terminó con el fusilamiento de Morazán en San José, el 15 de septiembre de 1842, mismo día en el que se cumplía el 21 aniversario de la firma del Acta de Independencia de la América Central. Fracasado el proyecto unionista y habiendo renunciado los centroamericanos a la opción de anexarse al territorio mexicano, deviene en manos de las fuerzas conservadoras la denominada “balcanización” del Istmo. Es decir, la constitución de cinco estados nacionales en la región: Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica. Una vez consumada esa división político-administrativa, favorable a los intereses particulares de las élites criollas, éstas procedieron a expropiar las tierras ejidales que habían sobrevivido a la colonia en manos del campesinado indígena. Fue así como dichas élites llegaron a convertirse en grandes latifundistas.

Las economías de la región se erigieron con base en la agro-exportación y los enclaves bananeros y mineros. El banano, el café, el azúcar, el algodón y el añil constituyeron lo que Héctor Pérez Brignoli dio en llamar “economías de postre”, en alusión a la condición dependiente, vulnerable y manipulable a la quedó sometida Centroamérica en su relación con la economía mundial. El Salvador estuvo desde entonces a cargo de un reducido sector oligárquico

que veía en el territorio la posibilidad para acumular riqueza, pero no de construir un país. En función de mantener sus privilegios, estableció un sistema de dominación que imperó, con ciertos recambios parciales, hasta 1979.

Así sintetiza la investigadora salvadoreña Irene Lungo la fase fundacional del Estado salvadoreño:

“La centralidad del café en la estructuración de la sociedad salvadoreña deriva en la consolidación de un sistema político de carácter excluyente construido a partir de un estrecho vínculo entre gobierno y familias cafetaleras. [...] Por otra parte, a diferencia de los demás países centroamericanos, en los cuales el patrón de monocultivo se dio mediante enclaves extranjeros, en El Salvador el control tanto del café como del sector financiero quedó en manos nacionales, lo cual, según Cabarrús, generó una burguesía más “altanera” y nacionalista que la de los países vecinos (Cabarrús; 1983: 35), elemento que se mantendrá presente en los sectores económicamente dominantes hasta la actualidad. Este elemento permite el desarrollo de altos niveles de cohesión al interior de la oligarquía cafetalera, carácter que fortalece el proyecto político inicial, y que se mantiene vigente a lo largo de la historia salvadoreña.

En la constitución de la nación salvadoreña, al igual que en el resto de América Latina, el liberalismo jugó un papel fundamental como trasfondo ideológico. No obstante, esto en la versión nacional se tradujo en gobiernos autocráticos que si bien desarrollaron un modelo económico liberal, no hicieron suyas las libertades individuales y políticas (Ching; 2007: 16). Esta especie de “revolución burguesa” con su Constitución Liberal (1870-1944), dará pie a un modelo económico fundamentado en lo que distintos estudiosos denominan el “cuadrado mágico” de la dominación oligárquica, es decir, en el control incuestionable por parte del mismo sector de la producción, del sistema financiero, exportación y propiedad de la tierra (Montobbio; 1999: 31)” (Lungo, 2008: 43).

En pocas palabras, las élites económicas salvadoreñas se apoderaron tanto de la actividad productiva del país, como del control político del mismo, a modo de garantizar la permanencia del régimen económico. Ejemplo de ello es el período comprendido entre 1913 y 1927, conocido como “Dinastía de los Meléndez”, pues fueron los miembros de una misma familia cafetalera

quienes permanecieron en la Presidencia de la República. La generación de latifundios a partir de 1870, en un territorio de escasos 21.800 km cuadrados, fue orillando a la población indígena y mestiza a trabajar en los cultivos. El sueldo de un jornalero, cuando recibía remuneración, no llegaba a los 25 centavos de dólar por día. Muchos hacendados en lugar de pagar con efectivo a los campesinos, pagaban en especie, con un sistema de fichas canjeables únicamente en las tiendas de “raya”, al interior de la hacienda⁴.

No era extraño que los capataces adulteraran las balanzas para pesar la cosecha diaria y en los aciagos años de la crisis mundial de 1929 llegó a existir una señora rica que donó al Estado cientos de cadenas y grilletes para que los presos por razones políticas (es decir, por protestar contra la explotación) pudieran ser forzados a trabajar en los cultivos. A muchos campesinos se les daba de comer lo mismo que comían los cerdos y dormían hacinados en chozas deterioradas. Ni hablar de servicios de salud ni de derechos laborales. Los desposeídos no tenían derechos. El campesinado salvadoreño se veía forzado a trabajar para un pequeño grupo de privilegiados ante cuyos ojos figuraba prácticamente como una indistinta masa esclava.

Las épocas de bonanza económica fluctuaban de acuerdo con los precios del café en el mercado internacional. Cuando había trabajo y fluía con cierta holgura el dinero, despuntaban trabajadores en el área de servicios, diversificando los rubros de producción. En El Salvador de la década de 1920, a tono con lo que ocurría en otras naciones latinoamericanas, campesinos, obreros, artesanos, sastres, zapateros, panificadores y pequeños comerciantes empezaron a organizarse en gremiales y sindicatos en pro de demandas específicas. Estas asociaciones emergieron en medio de importantes movilizaciones de masas y lograron un nivel elevado de articulación al aglutinarse en la Federación Regional de Trabajadores de El Salvador (FRTS), organismo sindical central, conocido popularmente como “la Regional”.

Asociada a la Confederación Obrera Centroamericana (COCA) —surgida también en 1924—, “la Regional” significó para la clase trabajadora salvadoreña la conquista de su derecho de organización y la reivindicación de demandas como: reparto de tierras a los campesinos, jornadas de ocho horas, mejoras en el trato y en la alimentación y aumento salarial. Además de

⁴ Para la reconstrucción de las primeras décadas del siglo XX en El Salvador, me baso en: Arias, G., *Farabundo Martí. Esbozo biográfico*, 1era edición, EDUCA, Centroamérica, 1972; y Dalton, R., *Miguel Mármol. Los sucesos de 1932 en El Salvador*, Casa de las Américas, La Habana, 1983.

incentivar organizaciones en las ciudades y el campo y hacerse presente a nivel nacional, “la Regional” inauguró la Universidad Popular y se vinculó al movimiento obrero internacional, recibiendo nutrida información de diversos países y llegando a enviar delegados a congresos en Estados Unidos, México y Uruguay.

La consolidación de “la Regional” y el fortalecimiento del movimiento campesino coincidieron con el arribo al poder de un gobierno que dio muestras de voluntad democratizadora e intentó distanciarse del halo corrupto y represivo que caracterizó a los cuatro mandatos de la Dinastía Meléndez-Quiñónez. El nuevo Presidente, Dr. Pio Romero Bosque, alentaba la organización obrera, pero mostraba reservas respecto de la actividad organizativa campesina, sector que reclamaba la reforma agraria, la desaparición de latifundios y la erradicación de la explotación. Cabe añadir a este panorama que la propagación del marxismo a nivel mundial había empezado a desencadenar voces de alarma. Una de esas voces en El Salvador fue la de la Iglesia Católica.

La crisis mundial afectó gravemente a la economía salvadoreña, basada en el monocultivo. Las mayorías populares llevarían la peor parte de la crisis. Las expropiaciones de tierras por deuda terminaron con lo poco de propiedad ejidal que quedaba y los despidos masivos agudizaron el hambre, el desempleo y la miseria. Se desencadenaron grandes olas de protesta que terminaron con las endebles intenciones democráticas de Pío Romero. Lejos de proponer salidas favorables a los trabajadores frente a tan delicada situación, el presidente se armó de decretos tramposos para responder ejerciendo la violencia de Estado.

En aquella agitada coyuntura emergieron dos proyectos políticos de relevancia: el Partido Comunista (PCS) y el Partido Laborista salvadoreños. En el primero cobran centralidad las figuras del entonces representante del Socorro Rojo Internacional, Farabundo Martí, y la del zapatero y activista Miguel Mármol, miembros fundadores del PCS en 1930. En el segundo grupo destaca la candidatura presidencial del Ingeniero Arturo Araujo, quien encontró a su ideólogo en el profesor y periodista Alberto Masferrer.

Araujo, hijo de terratenientes pero dotado de particular sensibilidad social, había cursado sus estudios medios y superiores en Inglaterra. Allí tuvo contacto con el Partido Laborista inglés del cual quedó hondamente impresionado y cuyo modelo quiso reproducir en El Salvador.

Empezó por modificar las condiciones de trabajo en sus haciendas, dando trato justo y digno a colonos y jornaleros. Su practicidad y bondad le hicieron merecedor de gran simpatía por parte de los trabajadores.

En vísperas de las elecciones presidenciales de 1931, Araujo y Masferrer se lanzaron al ruedo con un discurso reformista inspirado en la doctrina masferreriana del “Mínimum Vital”, que incluía el tema del reparto de tierras e incentivaba a la gente pobre a preocuparse por su higiene y a conformarse con lo mínimo necesario para vivir. El laborismo logró ubicarse como una opción de centro entre la posición del PCS y “la Regional”, por un lado, y la de la derecha recalcitrante, por otro. Así consigue adhesiones entre algunos sectores burgueses y, sobre todo, entre importantes sectores campesinos.

Araujo resultó electo presidente en enero de 1931, pero su discurso demagógico en torno al problema agrario le granjeó el rechazo de los sectores duros de la oligarquía y de la Guardia Nacional. Pese a que había manifestado su anticomunismo y a que sus menciones a la cuestión de la tierra jamás se consignaron por escrito ni existían en él intenciones reales de llevar a cabo el reparto, fue tildado de comunista por los pudientes más reaccionarios, de quienes no pudo obtener ningún tipo de apoyo. A ello se sumó su inexperiencia para manejar los asuntos del Estado y lo desprovisto que se encontraba de funcionarios capaces para tal labor, en un momento en el que el carácter dependiente de la economía del país mostraba su cara más atroz, sometida como estaba al vaivén de la debacle mundial.

Los salarios de la nómina burocrática y militar se congelaron durante meses, generando enorme malestar entre esas capas. Además, el estallido social que la crisis había desatado provocó la ira represora de la Guardia, que, lejos de aminorar con la subida de Araujo al poder, se recrudeció día con día. La decepción entre la masa campesina que había depositado sus esperanzas en Araujo fue enorme y el clima de caos se generalizó en todo el país. Muy pronto el gobierno se convirtió en blanco de todo tipo de críticas, provenientes de los más diversos sectores y su debilitamiento fue irreversible.

Poco antes de que se consumaran los comicios que darían la presidencia a Araujo, Farabundo Martí había sido expulsado del país, bajo el argumento de que su presencia generaría disturbios en el proceso electoral. Ante ello respondió declarándose en huelga de hambre. Contra

su voluntad, embarcó en el buque “Venezuela”, arriba del cual tocó puerto en Estados Unidos, Costa Rica y Panamá. Allí cambió de embarcación al buque “Colombia”, desde donde descendió finalmente en Nicaragua y logró emprender su retorno a territorio salvadoreño. A lo largo de tal travesía recibió ofertas de soborno que rechazó con vehemencia, exponiendo su deseo de volver a El Salvador cuanto antes. Cuando consiguió este objetivo, Araujo estaba próximo a tomar posesión de la silla presidencial.

Al igual que Araujo, Farabundo Martí provenía de una familia terrateniente y siendo un niño empezó a inquietarse por las diferencias de clase entre jornaleros y propietarios. Abandonó sus estudios de Derecho en la Universidad de El Salvador. En una protesta estudiantil fue apresado y luego expulsado a Guatemala. Entonces inició Martí su trasegar por oficios varios, luchas populares, militancias, viajes, prisión y exilios. En Guatemala se empleó como obrero, albañil, peón asalariado y profesor privado. Vivió en el Quiché, conociendo de cerca la problemática y el idioma de ese pueblo indígena. Viajó a México y se incorporó a las filas de los batallones rojos revolucionarios, conquistando el grado de sargento. Cuestionó a los trabajadores mexicanos haber pactado con la burguesía.

En Guatemala participó en la fundación del Partido Comunista Centroamericano en 1925. Dicha iniciativa unionista aglutinó adeptos a nivel regional e internacional y en la propia Guatemala contribuyó al derrocamiento del tirano Estrada Cabrera. Los pocos pasos dados en pro de la unión centroamericana, en el marco del primer centenario de la independencia de la región, fueron revertidos rápidamente. El gobierno guatemalteco reprimió a los extranjeros y Farabundo Martí fue devuelto a El Salvador. El ambiente sociopolítico con el que se encontró Martí a su regreso no era menos agitado que el de los demás países que había conocido. Martí se inserta rápidamente en la lucha de los trabajadores de su país. Como representante del Socorro Rojo Internacional, en defensa de los presos políticos y sus familias, ganó la aprobación del pueblo trabajador. En Nicaragua se incorporó a la lucha liberacionista del General Sandino, convirtiéndose en su secretario privado y desarrollando una intensa labor diplomática. Por diferencias ideológicas, terminarían separándose. Martí retornó a El Salvador.

Miguel Mármol se refiere a “el Negro”, como era apodado, en los siguientes términos:

“Martí se convertiría muy pronto en la figura principal de nuestro Partido y de todo el movimiento revolucionario de masas de El Salvador y sería el hombre-símbolo de la insurrección campesina-popular de 1932 y la figura fundamental de la historia del movimiento comunista de nuestro país. Pese a que su participación en la lucha salvadoreña abarcó un período cortísimo, la huella que dejó en nuestra historia ha sido y es profunda [...] El Negro fue el más activo, el más abnegado, el mejor sin duda de todos nosotros. [...] Los meses que yo estuve fuera [en la URSS] bastaron para que a mi regreso me encontrara a Martí convertido en nuestro líder indiscutible, en el máximo dirigente comunista de El Salvador” (Dalton, 1983: cap. V).

Tras impedir por la fuerza una protesta por la falta de empleo, el gobierno de Araujo tomó preso a Martí, acusado de “agitador comunista”. Este se defendió jurídicamente y el pueblo reaccionó haciendo mítines en varias ciudades del país por la liberación del líder preso. Lo liberaron, pero a los pocos días lo hicieron nuevamente objeto de detención. En el periódico *La Prensa*, fechado el 11 de mayo de 1931, se leyó al respecto “Martí se declaró en huelga de hambre [...] hace seis días que se niega a tomar alimentos. El famoso líder se encuentra detenido en la penitenciaría central por injurias al señor Presidente de la República” (*Ibid*: 108). La agitación generada por la detención de Martí se hizo sentir a nivel nacional. El líder fue trasladado al Hospital Rosales, en cuyas puertas se hicieron largas filas de gente expresando su simpatía y solidaridad. Tras veintisiete días de sostener la huelga de hambre, el gobierno se vio obligado a dejarlo en libertad mediante una amnistía acordada en la Asamblea Legislativa.

El 17 de mayo una concentración a favor de Martí había sido atacada a tiros dejando un saldo de 3 muertos, 25 heridos y 65 detenidos. Arbitrariedades como esta se cometían por doquier, alimentando el resentimiento y deseo de venganza en la población. Ante otro acto represivo semejante en contra de un grupo de hombres, mujeres y niños que reclamaban por sus derechos, Martí se presentó ante el Presidente Araujo en representación del Socorro Rojo y manifestando una enérgica protesta. Por respuesta recibió un nuevo encarcelamiento seguido de juicio penal. En esa ocasión, Araujo instó a Martí a renunciar a su causa, convertirse en miembro del Partido Laborista y obtener un puesto gubernamental. No logró persuadirlo.

El mandato del Ingeniero Arturo Araujo duró apenas 9 meses, pasados los cuales quien fungía como Vicepresidente y Ministro de Guerra, el General Maximiliano Hernández Martínez,

pudo consumir una inteligente estrategia que le permitió dar golpe de Estado y hacerse de la Presidencia. Con suma habilidad, Hernández Martínez aglutinó en torno suyo a un grupo de militares con ambiciones de poder político y autonomía para ejercerlo. Este “Directorio Militar” maniobró judicialmente para sacar a Araujo de la silla presidencial sin derramamiento de sangre y dejando a su líder libre de responsabilidad aparente. Los ríos de sangre, bajo órdenes directas del traidor de Araujo, vendrían, sin embargo, muy poco tiempo después.

Para desgracia del pueblo salvadoreño, Martí acertó cuando detectó prematuramente en Hernández Martínez su calaña inescrupulosa y sanguinaria. No obstante, la sociedad en su conjunto —intelectuales del PCS inclusive— aplaudió la salida de Araujo del poder y no mostró signos de inconformidad respecto del acto golpista. Y así fue como a partir del 2 de diciembre de 1931 se inauguró en El Salvador una nueva etapa política que duraría 52 años, en la cual la oligarquía dejó en manos del Ejército la tarea de gobernar el país.

Se produjo una nueva coyuntura preelectoral, *ad portas* de llevarse a cabo elecciones legislativas y municipales. Después de acalorados debates y corriendo el riesgo de un flagrante fraude, el PCS decidió participar en el proceso, como mecanismo de medición de su aceptación popular y con el objetivo de demostrar a las bases la inutilidad de las medidas legales en un régimen autoritario como aquel. Se planteó un programa de mínimos y máximos que intentaba expresar las necesidades más sentidas de la población. Martí desempeñó entonces un intenso papel como agitador. Lo ocurrido, según Mármol, fue que “en las ciudades y pueblos donde el Partido tenía, pese a todas las circunstancias adversas, la posibilidad de ganar gobiernos municipales, las elecciones fueron suspendidas. En las ciudades y pueblos donde el Partido ganó, las elecciones fueron anuladas. Estos hechos enardecieron a las masas en grado extremo y coadyuvaron al acelerado robustecimiento de la idea de que ante los obstáculos que neciamente se colocaban al desarrollo de la lucha pacífica, sólo quedaba el camino de la insurrección para la toma del poder por el pueblo” (*Ibid*: 130).

Jorge Arias propone la tesis de que la represión, que no cesaba de acallar las protestas que aparecían continuamente por reivindicaciones económicas, y el fraude fueron fraguados con la intención de orillar a las masas a tomar las armas y justificar así la masacre que se cometería contra ellas. Miguel Mármol, por su parte, narra cómo surgió en el PCS la iniciativa de buscar un diálogo directo con el General Martínez. Para ello fueron comisionados, entre otros militantes,

los estudiantes Alfonso Luna y Mario Zapata, quienes habían sido integrados a las filas del Partido por medio de Martí.

El dictador se negó a recibirlos, excusándose en un supuesto dolor de muelas. Al salir, después de haber intercambiado algunas palabras infructuosas con el Ministro de Guerra, se encontraron con el Secretario Particular del Presidente —quien llegaría luego a convertirse en comunista. Este hombre, llamado Jacinto Castellanos Rivas, les dijo: “Más bien el gobierno no quiere llegar a ningún arreglo con ustedes; lo que procede es enfrentar la situación. Si los guardias y los soldados tienen fusiles que disparar, también los trabajadores tienen machetes que desafilar” (*Ibid*: 133).

Y de hecho, los machetes se alistaron para llevar a cabo una insurrección de ímpetu tal, que resultó incontenible y escapó de las posibilidades de control que tenía en ese momento el PCS. La fecha en la que debería iniciar oficialmente la ofensiva insurreccional fue aplazada dos veces. Pero el enardecimiento de los ánimos de los campesinos insurrectos, especialmente en las zonas central y occidental del país, no permitía abrir un compás de espera. Los brotes insurreccionales empezaron a presentarse espontáneamente, sin que los líderes locales ni mucho menos la cúpula del partido pudieran dirigir las acciones. Para entonces, los planes trazados por el PCS en orden a conducir el levantamiento hacia la toma del poder fueron desmantelados, los líderes Martí, Luna y Zapata capturados y los cuadros rebeldes al interior del ejército —prácticamente la única fuerza militar con la que contaba la insurrección— descubiertos y fusilados.

El 20 de enero de 1932 se declaró estado de sitio en los seis departamentos más combativos de la República. La ofensiva mediática arremetió contra la estrategia subversiva y los “planes comunistas” sin descanso, construyendo la imagen de que la insurgencia campesina se había convertido en una horda salvaje, dispuesta a liquidar sin misericordia a la burguesía y a los miembros del ejército, bajo las órdenes del PCS. Pese a los graves problemas de comunicación entre los distintos frentes sublevados y a todas las demás dificultades,

“A las doce de la noche del 22 de enero de 1932 se produce el levantamiento. Miles de campesinos, sólo armados con machetes, aperos de labranza y pocas armas de fuego, escopetas en su mayoría, se toman en el transcurso del día 23, varias poblaciones [...]

Desde los primeros momentos las fuerzas insurrectas corroboran en la práctica lo que ya era de su conocimiento: las tropas regulares avisadas con anticipación, movilizadas, reforzadas y puestas en orden de alerta, tenían una aplastante superioridad de fuego y gran disciplina. Pese al arrojo, temeridad y audacia de los insurgentes, estos carecieron de adecuada dirección y control militares, y fueron rechazados en las principales plazas y, posteriormente, despedazados.

Tres días después, el levantamiento había sido dominado. Los insurgentes muertos en combate no fueron muchos. Fue la carnicería desatada después de las acciones armadas por las llamadas fuerzas expedicionarias del gobierno la que centuplicó las víctimas de la represión, hasta transformarse en uno de los genocidios más grandes que conoce la historia de América Latina” (*Ibid*: 139).

El exterminio de “comunistas”, acompañado de todo tipo de vejámenes contra mujeres, niños y ancianos, cegó la vida de no menos de 20 mil personas, en su mayoría hombres fusilados sin juicio previo alguno y enterrados en fosas superficiales que se veían forzados a cavar por sí mismos. Miguel Mármol y Roque Dalton aseguran que las víctimas ascendieron a 30 mil. Al referirse a estos hechos atroces, Mármol opina con profundo dolor y gravedad:

“Desde ese año maldito todos nosotros somos otros hombres y creo que desde entonces El Salvador es otro país. El Salvador es hoy ante todo hechura de aquella barbarie, así lo creo yo firmemente [...] Puede que haya cambiado el estilo de los gobernantes, pero el modo de pensar básico que aún nos gobierna es el de los masacradores de 1932. Basta pensar en muchos nombres de civiles y militares que hoy ocupan los principales puestos en la administración pública [...]

No hay palabras para calificar los treinta mil y más asesinatos que cometió el Gobierno del General Martínez en nombre de las clases dominantes salvadoreñas. Y es que la verdad, la verdad de fondo, es que estas treinta mil muertes no estuvieron dirigidas exclusivamente contra nosotros, no estuvieron dirigidas a propiciar la destrucción del Partido Comunista de El Salvador, del Partido que existía en 1932. Ese gran crimen se hizo para traumatizar y mutilar al pueblo salvadoreño por un largo futuro, para asegurar

las condiciones del dominio oligárquico-imperialista en el país, para instaurar una ‘paz de cementerio’ que fuera la base de una férrea dictadura militar como la de Martínez, que por cierto duraría nada menos que trece años. Fue un asesinato colectivo perfectamente planificado, y maquinal y fríamente ejecutado y sus consecuencias fueron determinantes en la historia posterior de nuestro pueblo. Lo siguen siendo hasta hoy según mi criterio. Treinta mil salvadoreños asesinados en pocas semanas es el argumento más grande que tiene hasta ahora el anticomunismo en El Salvador [...]” (*Ibid*: cap. VII).

Después de un juicio que se prolongó cuatro horas, Agustín Farabundo Martí, Alfonso Luna y Mario Zapata fueron condenados a muerte. A la madrugada del 1 de febrero de 1932, los sentenciados fueron trasladados al Cementerio Central en un carro de la policía, escoltado por toda una caravana de militares. Antes de ser fusilados, recibieron el abrazo amistoso de Jacinto Castellanos, entonces Secretario del General Martínez, y fueron acompañados, también por razones de amistad, por el sacerdote Pedro Jesús Prieto. A excepción de la esposa de Zapata, ningún familiar se presentó a despedir al trío de líderes comunistas. La serenidad y entereza con que recibieron la muerte y el hurra al Socorro Rojo Internacional que quedó ahogado en la voz de Martí por los impactos de bala de sus verdugos hicieron leyenda.

Pondremos fin a estas notas volviendo sobre la afirmación de Miguel Mármol a cerca del impacto decisivo y definitorio de los sucesos que rodearon la vida, la lucha y la muerte de Farabundo Martí para la configuración de la nación salvadoreña. Ahondar en los nexos entre aquella tragedia y el devenir posterior de las dinámicas políticas y sociales en El Salvador es una tarea pendiente. Lo que sí es necesario dejar consignado aquí en relación con el inquietante diagnóstico de Mármol es que hoy en día el partido de derecha ARENA, que detenta el poder del Ejecutivo hace casi dos décadas continúa cantando en sus asambleas una marcha que afirma: “El Salvador será la tumba donde los rojos terminarán”. Por otra parte, la principal fuerza de oposición al régimen y segundo partido político del país continúa llamándose, como se llamó durante la década de 1980 en la que fue guerrilla, Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional.

Bibliografía

Arias Gómez, Jorge 1972, *Farabundo Martí*, Centroamérica: Editorial Universitaria Centroamericana (EDUCA).

Dalton, Roque 1983 (1972), *Miguel Mármol. Los sucesos de 1932 en El Salvador*, La Habana: Casa de las Américas.

Dalton, Roque 1997 (21 edición) (1974), *Las historias prohibidas del pulgarcito*, Siglo XXI editores.

López Bernal, Carlos Gregorio 2002, “Indígenas, comunismo y nacionalismo: secuelas del levantamiento de 1932”, *Las identidades en El Salvador. Compilación. Anuario de Investigaciones*, separata 2, Antiguo Cuscatlán (El Salvador): Centro de Investigaciones en Ciencias y Humanidades, Universidad Dr. José Matías Delgado.

Lungo, Irene (2008), *Castillos de ARENA. Hegemonía y proyecto de derecha en El Salvador (1989-2004)*, FLACSO-México: Tesis de Maestría en Ciencias Sociales.

Santana, Adalberto 2007, *El pensamiento de Francisco Morazán*, La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.